

Hildegardo Córdova (Editor)

ESPACIO: teoría y praxis

Capítulo 7



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ
FONDO EDITORIAL 1997



CENTRO DE INVESTIGACIÓN EN GEOGRAFÍA APLICADA (CIGA)

Hildegardo E. Cabrería Aguirre
Teoría
ESPACIO
TEORÍA Y PRAXIS

Primera edición, noviembre de 1997

Cubierta: AVA diseños

Cuidado de la edición: Miguel Ángel Rodríguez Rea

Diagramación: Yoryina León Mejía

Espacio: teoría y praxis

Copyright © 1997 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel. Apartado 1761, Lima 100, Perú.

Telefax 460-0872 Teléfs. 460-2870, 460-2291 anexos 220 - 356

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Derechos reservados

ISBN 9972-40-088-3

Impreso en el Perú - Printed in Peru

LA NOCIÓN Y LA ORGANIZACIÓN DEL ESPACIO EN EL FORMATIVO PERUANO

*Peter Kaulicke**

La definición de la variable "espacio" en la arqueología resulta tan crucial como compleja. En primer lugar, podríamos nombrar una especie de materialización del tiempo. La conocida metáfora del estudio del espacio vertical en forma de columna de capas superpuestas, como lectura de un libro abierto, para aquellos dotados de la mente aguda de un Sherlock Holmes, es tan atractiva como falsa por la simple razón de que está excluida la tridimensionalidad de un espacio, por regla desconocida en su extensión y en su composición. Generalizaciones en base a estos "datos" tan precarios pecan de una destacada ingenuidad científica. Procesos geomorfológicos constantemente alteran la faz de la superficie, cubren y descubren vestigios muy recientes al lado de otros de millones de años. Análogamente, el hombre modifica el espacio incesantemente y con ritmos e intensidades fluctuantes, que hacen que la superficie construida se pueda entender como suma de los miles de años de su existencia, aún discernible parcialmente para el observador sensible. Esta analogía entre el espacio "natural", sujeto a agentes biológicos y físico-químicos, y el espacio "cultural", construido y ocupado por sociedades concretas en periodos definidos, hace denotar la futilidad de una dicotomía marcada entre ambas "categorías".

Por ello, se agrega a la definición del espacio la percepción de él por parte de sus habitantes, quienes lo ordenan bajo sus conceptos de espacio como "mundo", como globalidad que abarca superficie terrestre, esfera celeste y mundo subterráneo teóricamente ilimitados. El componente hu-

* Ph.D. en Arqueología. Profesor Asociado del Departamento de Humanidades, PUCP.

mano es en este sentido un reflejo del orden del cosmos, como el cosmos evidentemente se somete al orden cultural.

Al componente tiempo y al de la cosmovisión se suma la lógica del espacio socioeconómico. El mantenimiento de las necesidades de sociedades en un nivel de organización interna, de complejidades específicas, define la extensión y la composición del espacio construido y ocupado de forma más o menos intensiva, y su respectivo espacio económico explotado. Estos factores llevan al reconocimiento de redes de asentamientos interconectados de diversa complejidad y extensión de acuerdo al grado de cohesión, estructuración interna y tamaño de la población.

Resulta evidente que la definición arqueológica de estos componentes de "espacio" es una tarea ardua. No obstante, existen diferentes procedimientos metodológicos y analíticos que se presentarán brevemente:

- a) La comprensión del espacio como sucesión de ocupaciones por sociedades concretas requiere, en primer lugar, de una documentación precisa de excavaciones en área, lo cual en asentamientos pequeños debería significar la totalidad de sus vestigios. El principio básico de la cronología relativa exige la presencia de ocupaciones previas y posteriores a aquella que está por definir. Esta, como las demás, son testimonios de una duración definida o una "vida", que se refleja más fielmente en la arquitectura tanto "doméstica" como "pública". Modificaciones, ampliaciones y huellas de uso o de abandono y los contextos asociados, hacen posible un cálculo de su duración de uso y de su relación con construcciones anteriores y posteriores (continuidad o *hiatus*). Particularidades como forma de planta, orientación, técnicas de construcción, decoración arquitectónica junto con la organización general del asentamiento, todo ello relacionado con forma y decoración de las vasijas mas otros elementos asociados definen sus características, no sólo funcionales sino "estilísticas" cuyo trasfondo es tanto social como ideológico. Es este conjunto de evidencias que permite la comparación con otros sitios, con el fin de establecer interrelaciones coetáneas.
- b) El espacio, visto de esta manera particular, no es una simple suma de asentamientos con el espacio geográfico que los rodea, o mejor dicho, que los incorpora. Cada sociedad tiene una noción especí-

fica de su medio ambiente como conjunto total y orgánico, su "mundo", que tiene su centro identificado alrededor del cual se organiza el "universo" reconocido en contraposición al "otro" exterior, potencial o real enemigo que constituye la contraparte necesaria de la existencia del "yo". Los muertos y los vivos, los hombres y los dioses tanto como cursos de agua y cerros, son símbolos y/o agentes dentro de un sistema que le da su identidad a la sociedad. Estos enfoques dentro de lo que se llama "arqueología cognoscitiva" en los países anglófonos (cf. Renfrew *et al.* 1993) se concentran en el término "*landscape*" de difícil traducción (cf. Ingold 1993; Bender 1992, 1993) cuya definición es más fácil con la disponibilidad de fuentes históricas (v.g. Inka; cf. Farrington 1992; Heffernan 1989; Hyslop 1990) o estudios etnográficos (cf. Bastien 1978; Urton 1981). Es evidente que la ausencia o inaplicabilidad de éstos puede convertir semejantes enfoques arqueológicos en ciencia ficción, lo cual está garantizado si no se emplea una adecuada rigurosidad analítica que debería caracterizar la arqueología tanto como cualquier otra disciplina científica (cf. Flannery & Marcus 1993).

- c) Esta rigurosidad positivista caracterizó lo que se llama la Arqueología de Subsistencia y de Asentamiento (*Subsistence-settlement archaeology*) o "patrones de asentamiento" (en el Perú introducido por Willey 1953), en el cual se presume que ecología y cultura material son los factores esenciales y mutuamente dependientes de sistemas culturales. Diferentes enfoques dentro de esta orientación tratan de definir la relación entre asentamientos y su espacio utilizado (*site catchment analysis*) y la interrelación entre asentamientos ("*nearest neighbor*", "lugares centrales", *linear-stream pattern*, etc., cf. Flannery 1976) a los cuales se suma la definición de análisis intrasitio como la *household archaeology*, i.e. la definición de unidades domésticas en sus aspectos arquitectónicos y los vestigios asociados para señalar su funcionamiento específico (cf. Aldenderfer 1993). Todo este repertorio analítico, sin embargo, no reemplaza sino complementa los aspectos previamente tratados. Se notará también que estos diferentes análisis se agrupan en niveles jerárquicos de menor a mayor generalización, que culminarían en lo que podría llamarse "región".

La noción del Formativo

Lo expuesto nos servirá para acercarnos a un fenómeno crucial en la historia del Perú Antiguo, aquel paso de las sociedades arcaicas a las sociedades complejas que implica, entre otros aspectos, la consolidación observable de la noción de espacio, de una organización materializada del mundo cuya configuración es difícilmente comprendida en los espacios poco modificados que conforman los mundos pre-neolíticos. El Formativo del Perú, en particular, se presta a este estudio gracias a la erección de cientos de edificios monumentales y otros vestigios con una iconografía compleja en costa y sierra.

Los componentes "tiempo" y "espacio", sin embargo, se caracterizan por una vaguedad sorprendente. La duración considerable atribuida al Formativo, unos quince siglos, a menudo se trata como si fuera un bloque difícilmente reducible a unidades más manejables. En el mismo tiempo, unos cien reyes gobernaron el Antiguo Egipto (inicio del Imperio Nuevo al fin de los ptolomeos o sean aproximadamente entre 1500 y o A.C.), en la mitad del tiempo global que se le concede, lo cual igualmente vale para la historia del Perú Antiguo. Para Tello (Tello 1945: 611) era evidente que "un solo pueblo, una sola raza debió traer esta civilización o, bien, debió originarse en una región determinada, de la que se propagó por todo el territorio." El prefiere la Floresta, incorporada en esta inmensa llanura amazónica, sin límites espaciales ni temporales en la cual conviven contrastes reales o supuestos entre estados paradisiacos y sumamente primitivos.

Este espacio utópico se traslada a sierra y costa cubriéndolas como una ola uniforme, algo que Tello entiende por horizonte: "La cultura Chavín, tal como se encuentra en todo el territorio andino [...] es una cultura adulta, madura, bien definida, uniforme dentro de una extensa área de distribución, típico e inconfundible." (ibid.). Esta ola es tan uniforme porque inunda la tierra de nadie, lo cual confirma su aparición repentina, sin antecedentes. Por tanto, es también señal de contemporaneidad; sus variantes se deben a adaptaciones a medio ambientes desconocidos previamente. No solo el tiempo, también el espacio se presenta como un bloque de hielo milagrosamente preservado a través de los siglos. Esta preservación se debe también a una visión apocalíptica de su final cuando terremotos, erupciones volcánicas e inmensos aluviones sepultan "a los más viejos pobladores de este país que se hallaba en una edad de auge y

prosperidad [...] cuyos monumentos no tienen rival con los de edades posteriores." (Carrión Cachot 1948: 169).

Esta visión es diametralmente opuesta a aquella de Larco (1939, 1941), quien visualiza una evolución cultural costeña, la existencia de grupos relativamente pequeños y aislados y un Chavín tardío como una especie de síntesis con función de lugar de peregrinaje para los costeños. Esta contraoferta básicamente es la negación de la hipótesis de Tello, como aquella era la negación de la de Uhle. Estos círculos argumentativos basados en temperamentos e ideologías variados se concentran en evaluaciones de lo que se considera como estilo Chavín, su distribución y su significado alimentados también por apreciaciones contradictorias de los fechados C14, con el fin de fundamentar las diferentes teorías acerca del carácter de Chavín, i.e. se condicionan mutuamente. Evidentemente, sería poco conveniente tratar de explicar o sintetizar estos múltiples intentos (cf. Kaulicke 1994), pero es igualmente obvio que el marco referencial de tiempo y espacio no permite una flexibilidad ilimitada, sea esto en forma de creación de megaespacios, o de conceptos de tiempo en forma de fenómenos de paralizaciones o modulaciones erráticas y libres.

El tiempo y el espacio en el Formativo

De acuerdo al procedimiento recomendado en el inicio, se notará que la historia de las investigaciones sobre el Formativo en el Perú ha seguido la dirección opuesta. En vez de la documentación precisa de las evidencias pertinentes, su análisis y su interpretación comparativa se las toma como "ilustraciones" de hipótesis. Secuencias de fechados radiocarbónicos reemplazan la cronología relativa, seriaciones estilísticas sustituyen comparaciones estratigráficas. Propuestas cronológicas basadas en un solo sitio se generalizan para un valle, grupos de valles o aún áreas mayores; de los centenares de sitios reconocidos mediante prospecciones o fotos aéreas, de probablemente varios miles que existían o aún existen desapercibidos, un porcentaje mínimo cuenta con una documentación elemental (cf. Kaulicke 1992). Centenares de excavaciones no se conocen ni por informes preliminares, pocos informes están provistos de gráficos utilizables; un tratamiento monográfico es una rareza notable. Casi sobra la observación que las excavaciones por regla se limitan a sondeos, trincheras o áreas muy restringidas lo cual no ayuda en la comprensión espacial.

Cabe sospechar, por lo tanto, que las divergencias heredadas desde hace más de medio siglo se perpetúan por falta de base. En estas circunstancias, cualquier síntesis necesariamente tiene carácter tentativo por no decir especulativo. Pese a ello, es indispensable llegar a precisiones mayores que puedan servir de guía por lo cual se propone el siguiente esquema (Kaulicke 194). Se distingue la siguiente secuencia: Arcaico Final (4000 a 3500 a.p.) o Protoformativo en el sentido de Lumbreras (1989), Formativo Temprano (3400 a 3000 a.p.), Formativo Medio (3000 a 2650 a.p.), Formativo Tardío (2650 a 2400 a.p.), Formativo Final (2400 a 2200 a.p.) y Epiformativo (posterior a 2200 a.p.). Dentro de esta secuencia se observa la formación de regiones que se perciben más claramente en Sierra y Costa Norte, donde se distingue un área norteña (Piura hasta Jequetepeque y Huancabamba/Bagua hasta Sur de Cajamarca), con diferentes núcleos interconectados dentro de una destacada variabilidad estilística, basada en evidencias compartidas del Arcaico Final.

Otra área importante es la Costa Norcentral conectada con el Callejón de Huaylas, a su vez conectada con otra más oriental (Huánuco) y esta última vinculada con la Sierra Central. La Costa Central se entiende como eslabón entre norte y sur sin mayores contactos con la sierra. A partir de Mala hasta Ica hay otra área vinculada con la sierra colindante (Huancavelica, Ayacucho), que a su vez se conecta con la Sierra Central. Estas áreas se deben a condiciones ambientales como productividad del suelo, accesibilidad al agua y de rutas naturales de intercomunicación, entre las cuales se notan oscilaciones importantes como surgimientos de centros con zonas periféricas y redes intercomunicadas de diferente complejidad y extensión. Arte lítico asociado a arquitectura monumental (una de las precondiciones para el estilo Chavín) sólo aparecen: a) en la zona de Chavín y la parte sur del Callejón de Huaylas (Pomakayan), b) en Casma, Nepeña y la parte norte del Callejón de Huaylas, y c) en Jequetepeque y sierra marítima de Cajamarca y Lambayeque. Otros núcleos aparecen en diferentes valles o grupos de valles de la Costa Central (Supe, Chancay hasta Lurín), mientras que escasean o se ausentan más al sur hasta presentarse como "refugios arcaicos", durante buena parte del Formativo en algunos lugares de la Sierra y Costa.

Sin ánimo de profundizar este aspecto, quisiera pasar al segundo que es de suma importancia para la comprensión del Formativo: el concepto del espacio como mundo. De acuerdo a lo antedicho, es poco probable

que este mundo sea algo equivalente a la noción de nación con pretensión "panperuana".

El espacio como mundo

Un término que casi es sinónimo del Formativo peruano es el de "centro ceremonial". Existen en todos los valles entre Piura y Mala (cf. Ulbert 1987, fig. 10) con dimensiones que varían entre 40 y 1800 m. de largo; en la Sierra hay menos evidencias, lo cual no necesariamente significa que se trate de un fenómeno costero. Tales centros son plataformas superpuestas, frecuentemente en número de tres o cuatro con elementos constructivos en forma de U, i.e. con una apertura/acceso de todo un lado de un cuadrilátero. Estos son motivo de una serie de variantes que incluyen todo el complejo y/o sus partes constituyentes; como elementos constructivos se mantienen hasta el fin de la historia del Perú Antiguo.

El calificativo "ceremonial" señala claramente la función adjudicada, aunque el cuasi sinónimo de arquitectura monumental con arquitectura sagrada no es ni excluyente ni evidente. El término "centro", en cambio, necesariamente tiene una connotación espacial como ordenador conceptual de un espacio físico. Tanto en la Sierra como en la Costa existen dos elementos topográficos que se prestan para el marco referencial: el agua en forma de río con direcciones preestablecidas (arriba hacia abajo y Este a Oeste) y los cerros o la montaña de donde proviene y que le rodea. El Este y la esfera de arriba se relacionan igualmente con el agua en forma de lluvia y enfatizan una "verticalidad" que se refleja en los cerros. El sistema de afluentes con o sin agua, y la configuración de los cerros que se cierran para formar bolsones o se aplanan en mesetas, establecen una lógica espacial que debería reflejarse en los centros.

La relación cerro-centro ceremonial es notoria, tanto en forma de un acoplamiento al pie del cerro, frecuentemente en una hondonada en forma de U (entre otros Cerro Sechín, en Casma, y Ñañañique, en Piura), la cual es más frecuente aún como modificación del propio cerro (entre otros Las Haldas, al sur de Casma, Pacopampa y Kunturwasi, en Cajamarca), o como sustitución de él en forma de edificios elevados construidos enteramente. En estos últimos casos existen cerros que los acompañan o establecen interrelaciones probablemente significativas como v.g. formando una especie de U alrededor de ellos. Por otro lado, casi todos estos mo-

numentos se ubican en la cercanía de ríos, otros pocos se asocian con el mar (v.g. Las Haldas). Los ríos también parecen determinar las orientaciones, sea por señalar hacia el río o apuntando hacia su origen (entre norte y este, mayoría NE, cf. Ulbert 1987, fig. 21).

En dos casos, la idea espacial del centro resalta claramente: En Cerro Sechín una estructura cuadrangular se encuentra en una hondonada, en el pie norte del Cerro Laguna, por debajo de una hendidura entre sus dos cumbres. Este cerro, algo aislado de la cordillera, se ubica en un triángulo formado por la confluencia de dos ríos, el Río Sechín al norte (delante del edificio) y el Casma al Sur (detrás del cerro). El edificio o mejor dicho la plataforma construida de piedra del cerro (de ahí la parte socializada de él) se subdivide en dos mitades, una oriental (río arriba, origen del agua), otra occidental (mar) que no solamente indican el ciclo del agua, sino también el curso del sol que "nace" arriba y "muere" en el mar, y cuyos rayos iluminan o ponen a la sombra las imágenes que adornan la plataforma. El sistema iconográfico (26 conjuntos en dos mitades) traduce esta lógica en un lenguaje de elementos corporales antropomorfizados, como ilustración de la muerte y de la regeneración (Kaulicke 1995). Hay poca duda que estos elementos ordenadores convierten Sechín en centro del cosmos.

En Chavín de Huántar la misma idea se complejiza. El Templo Viejo, como Sechín dirigido al río (Mosna en este caso), se ubica en un triángulo de dos ríos (Mosna y Wacheqsa) aunque las direcciones se invierten. Un sistema de canales subterráneos corrige el curso de ellos, para establecer un cruce en el centro del templo cuya parte oriental es "subterránea" (Galería del Lanzón) mientras que la Plaza Hundida es abierta, probablemente con el Obelisco Tello en su centro. Esta pieza es una imagen del cosmos en sí y agrega la conexión vertical al ciclo del agua, que se completa por haberse convertido en agua "cultural" (Kaulicke 1994: 454-474). Lo que en Sechín es alusión iconográfica está documentado en Chavín en vestigios reales: el afán de controlar los elementos fertilizadores cuesta la vida de seres humanos sacrificados.

Estos centros de abajo difieren de los de arriba en varios aspectos que hacen traslucir una lógica relacionada. En Pacopampa (Kaulicke 1975; 1981, fig 2; 1994: 553-556) el centro, notablemente más grande que los sitios restantes, se ubica en la cabecera de una meseta aproximadamente triangular que sube en cuatro niveles desde el Río Chotano (playa, temple,

quechua, jalca) con diferencia de altura de más de mil metros. Este triángulo está delimitado por el río Chotano en el Este y el Ingueryacu al oeste, el primero "delante" del centro, el segundo "detrás" de él en la "base" de otro triángulo "vertical", con Pacopampa en su ápice. Ambos ríos corren en dirección Norte-Sur mientras que una serie de quebradas parece "originarse" en las inmediaciones de Pacopampa con dirección Este-Oeste. Todo ello sugiere la presencia de un concepto de espacio organizado e interpretado por oposiciones duales: un espacio cultural/bajo/"temple" (clima templado) contrastado a un espacio natural (selva alta) alto/húmedo y frío; este último en el Oeste con el centro en una posición intermedia o liminal. Este centro se abre hacia el Este, de manera que todo el conjunto se convierte en una representación del cosmos, rodeado por elementos potencialmente nocivos que requieren control para poder captar sus calidades benéficas. El centro es una concentración o repetición del cosmos. La diferencia de los centros de abajo obviamente se explica por la coincidencia del centro con el origen del agua. El espacio natural de Pacopampa como de otros centros como Poro Poro (Zaña), Kuntur Wasi (Jequetepeque) y otros norteños está en un contraste marcado con el espacio habitado por constituirse de selva en tiempos de Formativo poblada por animales feroces que abundan en la iconografía como serpientes, felinos y aves rapaces, cuyas expresiones de conducta son probablemente transferidas a las esfera social (cf. Dillehay & Kaulicke 1984/5) precisamente en cuanto a su organización socio-espacial.

Al lado de estos asentamientos y/o centros ceremoniales existen otras modificaciones, en particular en forma de bloques de piedra tallados y pintura policroma en farallones en la zona de Poro Poro (Alva 1988), geoglifos como cerros modificados, también en Zana (Alva & Meneses de A. 1982). Más frecuentes, sin embargo, son los petroglifos, los cuales parecen marcar territorios junto con cementerios (San Simón/Tolón hasta Pay Pay y Pay Pay hasta Yonán en Jequetepeque, cf. Pimentel 1986, Alva 1986). El estudio de estos vestigios se encuentra en sus inicios aún y no permite mayores especificaciones.

Estos conceptos básicos funcionan fundamentalmente en el Formativo Medio (aprox. 1000 hasta 600 A.C.), pero se inician mucho antes y hay casos posteriores. En estos cuatro siglos, sin embargo, se vislumbran cambios que deberían reflejarse en la percepción específica de espacios sagrados y en la instalación, el mantenimiento y la función de los centros.

Estas funciones parecen variar en una cierta jerarquía que incluye el orden extraterritorial como en el caso del Templo Viejo de Chavín, el cual como otros más probablemente sirvió de oráculo (cf. Kaulicke 1976: 17-31; Lumbreras 1993: 368-370). En todo caso, territorios serán difícilmente definidos exclusivamente por estos centros dentro de una perspectiva de geografía sagrada, sino dentro de otra función, la de centros de espacios socioeconómicos.

El espacio socioeconómico

Es evidente que los centros ceremoniales no representan el único tipo de arquitectura del Formativo, aunque es el grupo relativamente mejor conocido. Que esta documentación sea deficiente, se observa ya en el hecho de que resulta difícil asociarlos a la arquitectura doméstica. ¿Eran centros vacíos y solo visitados cíclicamente por pobladores de aldeas, tan efímeras que no han dejado rasgos; eran una especie de templo-Estado rodeados por poblaciones permanentes, o se trata de una jerarquía de centros y poblados dentro de territorios mayores? La documentación muy deficiente no deja responder definitivamente estas preguntas, pero se dispone de algunos ejemplos que se explicarán a continuación.

El valle medio del Jequetepeque está excepcionalmente bien documentado a raíz de la construcción de la represa Gallito Ciego, que inundó posteriormente muchos vestigios estudiados. Tellenbach (1986) excavó el asentamiento Montegrande y Ravines (1981, 1982) se encargó de la prospección y de excavaciones más puntuales en diferentes sitios (cf. también Pimentel 1986 y Alva 1986). El asentamiento Montegrande de unos 2,5 ha. pertenece al Formativo Temprano y a inicios del Formativo Medio (cf. Ulbert 1994) con dos fases de ocupación que, según Tellenbach (1986: 294), reflejan tan sólo unos cien años, cálculo quizá algo bajo, pero en todo caso inconforme con las duraciones extremadamente prolongadas calculadas para algunos centros ceremoniales. Este asentamiento tiene su centro o santuario, que consiste de una "huaca" mayor y otra menor y cuenta además con numerosas casas construidas de kincha, de planta cuadrada o rectangular que respetan la orientación de las "huacas" aún cuando éstas cambian ligeramente. Este ordenamiento rígido resulta en una "U" alargada.

Este mismo principio está monumentalizado, y aún más estrictamente reglamentado en el gran complejo Pampa de las Llamas-Moxeke en el Valle de Casma, que podría ser largamente contemporáneo (Pozorski & Pozorski 1984). Un alto número de asentamientos registrados por Ravines (1981, 1982) refleja este mismo principio organizador en algunos casos; por otro lado, es prueba indirecta de una alta fluctuación espacial dentro de un área muy limitada a modo de desplazamientos sugeridos por Montegrande. Las razones de estos desplazamientos son difíciles de determinar, aunque Tellenbach (1986: 294) considera la construcción de "torres" funerarias como señal de abandono. Este tipo de entierros, lamentablemente siempre saqueados (cf. Ravines 1982: 171-176) podrían servir para personajes de *status* mayor (ibid.: 295). A la vez, indica una relación muy frecuente entre arquitectura "muerta", que sirve de espacio para muertos humanos, lo cual de nuevo enfatiza la estrecha interrelación de lo social con lo ideológico, aparentemente expresado ya en la organización espacial del asentamiento.

Otro ejemplo nos provee la ya mencionada zona de Pacopampa. Como vimos, este centro domina una meseta en la cual se ubican doce asentamientos, uno de los cuales, Pandanche, fue excavada parcialmente (Kaulicke 1975, 1976, 1981). Seis de ellos se agrupan de manera regular entre tres y cuatro kilómetros del centro en un semicírculo, con distancias menores de dos kilómetros entre ellos ubicándose en el margen superior del templo. El segundo semicírculo de otros seis sitios está entre 4,5 y más de 6 km. con distancias internas entre 3 y 4 km., básicamente en el margen inferior del templo. Pandanche, uno de los sitios del primer semicírculo, parece ser un centro secundario ya que se constituye como centro que vincula cinco sitios dentro de un paralelogramo de 3 km. por lado y distancias entre 1,5 y 2,5 km. (Kaulicke 1975, lám. II). De esta manera, se observa un pequeño sistema de poca extensión (máx. 24 km²), el cual aparentemente está expandiéndose durante el Formativo conforme con el crecimiento del centro principal. Territorios de tamaño semejantes se observan en La Pampa, una terraza fluvial de 1700 m.s.n.m. (Terada 1979, figs. 2, 3), en un afluente del Río Santa. Algo semejante ocurre con Chavín de Huántar, con unos siete sitios entre menos de uno y tres kilómetros del centro sobre un largo total de unos 6 km. (cf. Burger 1992, fig. 190).

Esto parece indicar la presencia de núcleos reducidos territorialmente y desconectados geográficamente, lo cual no significa ausencia de

intercomunicación. Muy al contrario, en sitios como Chavín de Huántar y muchos otros hay amplia documentación de objetos intercambiados, a veces sobre distancias notables. Particularmente estrechas son los contactos entre costa e *hinterland* serrano como entre ceja de selva (v.g. Húanuco) y la puna de Junín. *Spondylus* y *Strombus*, conchas del mar cálido del Ecuador, se encuentran con cierta frecuencia en los centros (v.g. Galería de las Caracolas de Chavín de Huántar o entierro de Cerro Blanco, Cajamarca; cf. Lumbreras 1989; Onuki & Kate 1988; Onuki 1995) al igual que piedras semipreciosas como lapislázuli y turquesa (cf. Kaulicke 1994: 561). Las cantidades cada vez crecientes de estos bienes de lucro y/o parafernalia ritual, sugieren la existencia de extensas redes que vinculan zonas o regiones apartadas incorporándolas en una esfera de interacción. Estas redes, de relativamente "grandes mallas", no integran plenamente sino mantienen una cierta independencia, tanto ideológica como social concentrado en los centros ceremoniales, que también fungen como talleres de producción de bienes especializados (v.g. morteros líticos; cf. Kaulicke 1994: 428); lo cual no excluye reubicación o intercambio de piezas líticas mayores como la "Estela de Gotush" cerca de Chavín de Huántar, la cual estilísticamente apunta a un origen en la Costa Norte.

¿De espacio mundo arcaico al sistema-mundo?

Alrededor de 500 a 600 A.C. se observan cambios mayores en las interrelaciones espaciales. Los grandes centros ceremoniales de la Costa se abandonan por regla, lo cual parece ser válido también para algunos centros serranos (v.g. Huacaloma, Cajamarca); en otros hay reemplazos drásticos que parecen indicar un predominio costeño (v.g. Kuntur Wasi). Las conexiones Costa-Sierra se intensifican y las regiones se homogenizan, al vislumbrar un reemplazo de los centros por asentamientos grandes sin arquitectura monumental destacada. En entierros suntuosos aparecen gran cantidad de oro, piedras semipreciosas, *Strombus* y *Spondylus*. Las piezas de oro están particularmente adornadas con seres míticos antropomorfizados ("Dios de los Báculos"), que parecen señalar un vínculo estrecho con los individuos portadores, tanto en la Costa Norte como en la Costa Sur.

A nivel económico se destacan dos innovaciones: a) La distribución extensa de camélidos con presencia en la Costa, lo cual implica evitamiento de intercambio escalado de productos como lana, carne, etc., probable

mejoramiento genético de la alpaca (lana mejorada) y la llama (especializada para la carga, de uso en caravanas) que permite la producción y la distribución de los productos en mayor escala y a distancias mayores sin intermediarios necesarios. Como tercer factor interviene la demanda de camélidos como animales de sacrificio. b) De acuerdo a un mejoramiento de la irrigación, se intensifica la producción de cultígenos, en particular el maíz, genéticamente mejorado, que aparece como planta principal en muchos sitios, después de una ausencia o apariencia esporádica en el Formativo Temprano y Formativo Medio Temprano.

Estos cambios evidentemente son más a nivel socioeconómico que a nivel religioso. La intensificación de producción está ligada a una intensificación de los intercambios, y a una redefinición de territorios debido quizás a la presencia de élites; un fenómeno mas marcado en el Norte que en el Sur. El Sur, sin embargo, expande considerablemente su ámbito de interacción al establecer contactos más estrechos con el área circun-Titicaca que inician un desarrollo asombroso reflejado en cerámica polícroma elaborada, arquitectura monumental lítica y arte lítico de una complejidad que deja reconocer una serie de préstamos norteños.

Hacia el Norte, en Costa y Sierra del Ecuador se desarrolla la "cultura" Chorrera como algo análogo al "horizonte Chavín". Lamentablemente se trata de un complejo poco documentado, de manera que los cálculos de su duración y los cambios dentro de este lapso que se infieren tienen valor limitado aún. Los contactos con el Formativo norperuano parecen iniciarse en la segunda parte del Formativo Medio (600 a 700 A.C.) pero se intensifican en el Formativo Tardío (cf. Hocquenghem *et al.* 1993). Se especializa la producción alfarera que alcanza calidades desconocidas hasta entonces y la de joyería de lapislázuli, turquesa, jadeita y cristal de roca. Es posible que también se cuente con la presencia más o menos masiva de oro, significativamente de zonas de la Sierra Sur del Ecuador, hoy intensamente huaqueadas. Estos indicios, por tanto, apuntan hacia fenómenos que podemos inferir también para el área centroandina, en la cual la "difusión" se debe a la presencia de territorios dominados por élites que se articulan en densas redes de intercomunicación, cuyo funcionamiento interno puede variar en esferas mayores como v.g. Costa sur-sierra sur-Área Circun-Titicaca o Costa norte-sierra norte zona de transición (cf. Hocquenghem *et al.* 1993) -Costa Central-Sierra Central y Sur del Ecuador, todas ellas a su vez interconectadas.

Esto, sin embargo, no termina ahí. Los arqueólogos ecuatorianos, particularmente aquellos dedicados al estudio del Formativo, comparten una posición diferente a la de sus colegas peruanos, en cuanto a su aceptación de vínculos "extranacionales". Si bien la hipótesis de interrelaciones entre el Jomon medio de Japón y Valdivia (Formativo Temprano del Ecuador), ha perdido mucha fuerza, queda comúnmente aceptada la probabilidad de contactos con Mesoamérica, aunque las modalidades de tales contactos no están del todo aclaradas. Es precisamente el Formativo Tardío del Ecuador, la "cultura" Chorrera, que sugiere su existencia. Sin poder desarrollar este punto queda por señalar que en la Costa Norte del Perú aparece turquesa y cerámica de formas y decoraciones inusuales (v.g. "contorsionista" o "acróbata" entre otros) cuya semejanza con el Formativo mesoamericano de edad correspondiente no deja de sorprender. En vez de interpretar estos rasgos como una no muy especificada "difusión", o aún peor, como evidencia para una presencia olmeca directa, responsable para la complejización del Formativo peruano, podríamos visualizarlos como rezagos de redes aún más extensas, que van más allá del ámbito ecuatoriano, sin que Chorrera se convierta necesariamente en promotor y trasmisor, monopolizando contactos directos con Mesoamérica. No estamos aún en condiciones de comprender a fondo la naturaleza de este sistema aparentemente complejo de interrelaciones, aunque parece probable que su complejidad y su extensión es mucho mayor de lo admitido generalmente.

Conclusiones

Las diferentes nociones y las diferentes organizaciones del espacio en el Formativo del Perú esbozadas en este trabajo revelan algunas contradicciones que son más aparentes que reales. El concepto de espacio tanto económico como ideológico se refleja en la unidad doméstica, el asentamiento organizado alrededor de un centro y éste en un espacio mayor percibido dentro de una visión basada en experiencias sociales compartidas, i.e. en reflexiones de un sistema orgánico que regula las relaciones interpersonales dentro de una sociedad, que, teóricamente, es inmortal y en un espacio que teóricamente es ilimitado. *De facto*, resulta en ritmos variables de establecimiento de centros (domésticos, comunales, regionales), su renovación (¿cíclica?) y su abandono y/o reubicación, debido al grado de cohesión social (v.g. "casa-cosmos" abandonada después

de la muerte del *pater familias*, o centro comunal abandonado al momento de la reubicación del asentamiento.

Esta fluctuación, sin embargo, se mantiene dentro de los límites espaciales definidos en forma de núcleos territoriales reducidos, los cuales muestran características propias y diferenciables durante el Formativo Temprano y Medio, distanciados geográficamente por espacios "naturales" o zonas periféricas poco definidas. Pese a ello, estos núcleos están interrelacionados por conceptos espaciales compartidos, hasta que virtualmente comparten el mismo río y la montaña que producen espacios "análogos" dentro de una verticalidad, trátase de valles costeros o interandinos y una lógica conceptual frente al espacio que se repite. Esta lógica a su vez parece producir manifestaciones ideológicas en cierto grado compartidas. Económicamente, recursos diferentes dentro de esta verticalidad fomentan el intercambio, como también una cierta "especialización" en la extracción de minerales o sal (conversión en conserva); y explotación de diferentes especies de fauna y flora silvestre, y cultivo de cultígenos diferenciados. Todo ello, por tanto, no justifica la noción de un espacio político y religiosamente unido, no por líderes políticos ni por sacerdotes-reyes dentro de regímenes teocráticos o imperios.

La intensificación de estas redes, tanto económicas como ideológicas, lleva a la necesidad de una transformación que implica la formación de territorios mayores y el consiguiente debilitamiento de los centros múltiples, un aumento poblacional concentrado en asentamiento de otro tipo y la emergencia de una élite que patrocina y promueve tanto el intercambio de bienes de lucro como intensifica, almacena y distribuye la producción de recursos alimenticios. Este control permite la articulación continua o esporádica con otras redes de redistribución y, ciertamente, no excluye medidas agresivas como incursiones con el motivo de saqueo y toma de prisioneros, algo que, sin embargo, sería otra intensificación de agresiones anteriores como la toma de cabezas y probablemente la antropofagia.

Este proceso de intensificación, el que se entiende frecuentemente por "horizonte" en la arqueología peruana, no corresponde a la visión utópica de una unificación entre espacio, tiempo, "cultura" y religión; tampoco se trata de una "unificación" de la cultura material, aunque evoca la impresión de una "internacionalización" de sistemas interconectados incluyendo zonas previamente menos estructuradas al reducirse el espacio periférico.